



JAGUARIDAD

NUEVOS CAMINOS

Y OTROS

ATAJOS PARA LA

PARTICIPACIÓN

COLECTIVA

CÓMO CAMINAR EN LA OSCURIDAD.



JAGUARIDAD

NUEVOS CAMINOS Y OTROS ATAJOS PARA LA PARTICIPACIÓN COLECTIVA

Primera edición electrónica: 2015

Coedición: Documental Ambulante A.C. | Centro de Cultura Digital



Jaguaridad. Nuevos atajos y otros caminos para la participación colectiva Por
Compiladores: Mónica Nepote y Marina Álamo Bryan, se encuentra protegido
bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Licencia Internacional

Ilustraciones

© Juanpablo Avendaño

Imágenes

© Juanpablo Avendaño, Delia Martínez, Luna Marán,
Pablo Domínguez Galbraith y Lourdes Gil Alvaradejo

Recopilación de las sesiones y selección de frases
Alfonso Díaz

Diseño y formación

© Adriana García Noriega

DOCUMENTAL AMBULANTE A.C.
www.ambulante.com.mx

CENTRO DE CULTURA DIGITAL
www.centroculturadigital.mx

AMBULANTE



Centro
de Cultura
Digital



¿CÓMO PENSARNOS EN COMÚN?

BREVE INTRODUCCIÓN A UN EXPERIMENTO

En su libro *Un mundo común*, la filósofa española Marina Garcés propone un término al que llama la *potencia de la situación*, del que escribe: “la potencia de la situación, de cada situación como una conjunción concreta de cuerpos, sentidos, silencios, alianzas, quehaceres, rutinas, interrupciones, etc., que dibujan un determinado relieve y no otro”. Pensamos que estas palabras, que son nuestras porque todo lenguaje es común, sostienen con precisión el espíritu que nos llevó a realizar un encuentro como el que sucedió en Oaxaca del domingo 26 al miércoles 29 de abril de 2015. “Nuevos caminos y otros atajos hacia la participación colectiva” fue una acción desencadenada por la urgencia de encontrar respuestas, mecanismos de acción, maneras de encontrarnos, de recuperar el lenguaje y la fe en medio del panorama inhóspito que sentíamos nos circundaba.

Fue así como tres amigas y colegas nos reunimos, invitadas por Ambulante, para idear un encuentro enmarcado bajo el título de Foro de Ideas, que se proponía como un espacio de reflexión intenso, una propuesta que dilucidara, sin conclusiones definitivas, qué tipo de intercambio de experiencias y saberes se requería en una pequeña célula comunitaria para desatar ciertos diálogos, cierto movimiento.

La gran pregunta ahora era, ¿qué tipo de microcomunidad podríamos generar para dialogar y reflexionar durante algunos días? Poco a poco y con cuidado, un grupo terminó integrándose de una manera casi alquímica vigilando dos características: la singularidad de cada participante y la energía que esa singularidad aportaría a un grupo hipotético. Sutilmente fuimos añadiendo nombres a una lista de personas cuyo trabajo admirábamos y en quienes detectábamos experiencia de labor en comunidad. Así fue como una activista y hipopera de Ciudad Juárez (Suzanna Molina); una documentalista y

maestra para quien el tema comunitario es punto de reflexión cotidiana (Christiane Burkhard); un editor preocupado por reflexionar en torno a la posible lectura de textos en común (Saúl Hernández-Vargas); un académico cuyo tema de estudio es la vida de los migrantes centroamericanos, sus historias y su durísima realidad social (Pablo Domínguez Galbraith); un activista experto en redes, participante de un proyecto de política independiente en Jalisco (Diego Arredondo); un actor que genera proyectos de teatro documental y cuyo último trabajo se plantea como un ejercicio en conjunto de pensamiento político (Gabino Rodríguez); una ensayista preocupada por reflexionar sobre el duelo y los cuerpos no llorados (Marina Azahua); un investigador que ha vivido entre comunidades mayas y nahuas, y que propone lenguajes a partir de la naturaleza (Mauricio de la Puente); una cineasta y fotógrafa, promotora de varios proyectos de cine con una gran experiencia en temas comunitarios debido a su propia biografía (Luna Marán); un terapeuta para quien las ideas de trabajo en comunidad se aplican desde las prácticas narrativas (Alfonso Díaz); un artista de difícil clasificación cuyas prácticas enfatizan la articulación de varios lenguajes haciendo hincapié en pensar quiénes somos en colectivo (Juanpablo Avendaño).

Y nosotras tres, quienes habíamos marchado juntas por las calles de la ciudad; las mismas tres que desde meses atrás nos reunimos una vez a la semana alrededor de este encuentro, compartiendo preguntas, inquietudes, quienes nos repetíamos qué podemos hacer... cómo hacer.

Este encuentro estuvo signado por la convivencia interdisciplinaria, por los quehaceres que nos atraviesan, por el intercambio de saberes. En este laboratorio de singularidades para integrarnos en un común,

comenzamos con una caminata a las cuatro de la mañana por las zonas límite de la ciudad y el campo acompañados por dos grandes guías: Yásnaya Aguilar y Gilberto Delgado García; escuchamos a Jaime Martínez Luna quien nos habló de su filosofía de la Comunalidad; compartimos la cocina como espacio de encuentro y de trabajo conjunto; subimos a Monte Albán a observar las pirámides bajo otros parámetros; nos escuchamos, dialogamos, discutimos, debatimos sin fin; nos movimos con música, seguimos las calles como parte de una Calenda; creamos una metáfora para nombrarnos: *jaguaridad*, y plasmamos nuestros gestos en una piedra que después dio origen a un proceso de impresión... pero sobre todo creamos vínculos y son estos los que finalmente articulan y resignifican la idea de estar en comunidad, pensarnos juntos, disentir juntos, separarnos, reunirnos.

Este encuentro fue un disparador de proyectos a futuro, una manera de empezar a separar los granos de arroz de los granos de mijo, una labor a pequeña escala cuyas repercusiones todavía se extienden en las actividades de cada uno de los participantes, de cara a sus propios grupos o comunidades. Nuevas alianzas, nuevos caminos, estrategias de participación, este experimento puntuó quizá lo que Peter Pál Pelbart formula con exactitud en tres preguntas:

¿Cómo sostener un colectivo que preserve la dimensión de la singularidad?

¿Cómo crear espacios heterogéneos, con tonalidades propias, atmósferas distintas, en los que cada uno se enganche a su modo?

¿Cómo mantener una disponibilidad que propicie los encuentros, pero que no los imponga, una atención que permita el contacto y preserve la alteridad?

Seguimos siendo los mismos y somos otros, somos cada uno un pensar y un pensamiento común, así en la vida.

Marcela Flores
Mónica Nepote
Garbiñe Ortega

¿Quiénes pensaron en comunidad?

Diego Arredondo [Guadalajara]

Activista, miembro de Wikipolítica Jalisco en donde participa en la investigación, desarrollo e implementación de herramientas tecnológicas colaborativas y en el diseño de estrategias y materiales de comunicación. Le apasionan temas como la cultura del *software* libre, las posibilidades de la programación como herramienta de expresión y la Internet como vehículo para empoderar comunidades y generar nuevos espacios colaborativos de identidad.

Juanpablo Avendaño [Ciudad de México]

Artista visual. Su práctica artística se distingue por la investigación y experimentación en diversos soportes y medios como el dibujo, el diseño, la imagen en movimiento, la intervención de espacios, las artes presenciales y la edición.

Marina Azahua [Ciudad de México/Nueva York]

Escritora, traductora y editora. Estudió historia y actualmente hace un doctorado en Antropología en Nueva York. En el 2014 publicó su libro de ensayos *Retrato involuntario. El acto fotográfico como forma de violencia* en donde reflexiona sobre la imagen, la muerte y el duelo. Forma parte del proyecto editorial colectivo Antílope.

Christiane Burkhard [Heidelberg/Ciudad de México]

Documentalista, politóloga y maestra. Llegó a México hace más de dos décadas. Su trabajo como cineasta aborda diversas posibilidades: el apunte autobiográfico, la reflexión social y política a la par que investiga las posibilidades de la expansión de los formatos. Actualmente realiza un proyecto en Berlín 26 años después de la caída del muro.

Mauricio de la Puente [Ciudad de México]

Investigador. Ha habitado en diversas comunidades mayas, mixtecas, nahuas, en zonas selváticas, desérticas, en bosques, costas, ejes viales y edificios multifamiliares. Su interés fundamental es la diversidad de lenguajes que hemos desarrollado para relacionarnos con la biodiversidad y sus patrones de movimiento. Ha trabajado en proyectos que implican comunidades, arte, educación, lenguajes y diversos saberes más.

Alfonso Díaz [Ciudad de México/Oaxaca]

Integrante del Colectivo Prácticas Narrativas. Desde 2003 explora y aplica las ideas de las prácticas narrativas creadas por Michael White con quien estudió. Se ha involucrado en proyectos comunitarios en diversos estados de México y en países como Australia, Canadá y Estados Unidos. Actualmente coordina el Diplomado Internacional de Terapia Narrativa y la Maestría en Prácticas Narrativas y Trabajo Comunitario en colaboración con la Universidad Campesina Indígena.

Pablo Domínguez Galbraith [Ciudad de México/Nueva Jersey]

Escritor y académico. Es candidato a doctorado por la Universidad de Princeton con el proyecto de tesis *Estéticas forenses de Latinoamérica: archivos, evidencias y restos 1983-2013*, investigación que lo ha conducido a realizar trabajo de campo en la ruta migratoria que pasa por Centroamérica, México y Estados Unidos. Ahí ha llevado a cabo levantamiento de imagen fotográfica y entrevistas a migrantes, activistas, agentes de migración, periodistas y otros actores del contexto migratorio, buscando entender la desgarradora realidad de los migrantes en tránsito y en la clandestinidad.

Saúl Hernández-Vargas [Oaxaca/California]

Artista visual, escritor y editor. Se interesa en el arte como práctica relacional y comunitaria. Con el ensayista Juan Pablo Anaya funda edicionespatio.org, proyecto editorial en línea que explora el rol del conocimiento colectivo como estrategia para el cuidado mutuo. Escribe sobre filantropía como forma de violencia y vive actualmente en la frontera norte de México.

Luna Marán [Oaxaca]

Fotógrafa, productora, directora de cine y gestora cultural. Desarrolla proyectos audiovisuales de forma integral: producción, formación y exhibición bajo el sello de La Cooperativa Audiovisual y La Calenda Audiovisual A.C. Es fundadora del proyecto Campamento Audiovisual Itinerante y de la plataforma de formación de cines comunitarios Aquí Cine. Actualmente dirige *Tío Yim*, su ópera prima documental, y funge como productora de *Los años azules*.

Suzanna Molina [Ciudad Juárez/Ayotzinapa]

Activista y hiphopera. Forma parte del colectivo Batallones Femeninos, un proyecto feminista de música que integra diseño, activismo, hip-hop, arte urbano y educación para dar testimonio de la situación de las mujeres en Ciudad Juárez.

Gabino Rodríguez [Durango/Ciudad de México]

Artista escénico. Ha actuado en más de treinta largometrajes. Su trabajo ha recibido numerosos reconocimientos. Forma parte del colectivo Lagartijas Tiradas al Sol desde su fundación en 2003, con el que ha desarrollado nueve proyectos escénicos presentados en diversos escenarios por el mundo. Actualmente desarrolla un proyecto relacionado con la reflexión en torno a varios términos como democracia y libertad.

Curadoras

Marcela Flores [Ciudad de México]

Iluminadora y gestora cultural. Su trabajo abarca territorios muy amplios: de las artes escénicas a la gestión de espacios interdisciplinarios, multimedia y expositivos. Ha sido librera, actriz y ha hecho iluminación para diversas puestas en escena para la Compañía Nacional de Teatro, así como para el colectivo Lagartijas Tiradas al Sol, del cual forma parte. Actualmente es responsable de la Subdirección de Programación del Centro de Cultura Digital.

Mónica Nepote [Guadalajara/Ciudad de México]

Escritora y editora. Actualmente lleva el área editorial del Centro de Cultura Digital, el cual se enfoca en la investigación a través de laboratorios de creación de piezas colaborativas de literatura digital, así como en la divulgación y la reflexión en torno a los usos de la tecnología y el trabajo de comunidades digitales.

Garbiñe Ortega [Vitoria-Gasteiz/Ciudad de México]

Curadora y productora de cine especializada en cine experimental y de no-ficción. Su práctica se centra en la curaduría, en la construcción de públicos y en la amplificación de la experiencia colectiva cinematográfica. Ha trabajado en el Pacific Film Archive en California y en el área de cine del Centro de Cultura Digital. Fue directora de programación de la Gira de Documentales Ambulante y actualmente es directora de la serie de documentales *Cineastas_Contados* en España.

La conversación es la lengua en la que habla lo común
Antonio Negri

¿QUÉ
APRENDAMOS
CUANDO
APRENDAMOS
JUNTOS?

Hay una emergencia que detona esta reflexión: urge remitirnos a la comunidad, construir lo común. Urge aprender a *ser* y *hacer* en/lo común, para cualquier acción social que queramos emprender, para hacer frente, resistir y también para recuperar terreno humano. Es una amplia tarea cuyas premisas se esbozan en las palabras de Paulo Freire en *La educación como práctica de la libertad*:

La tarea de la libertad, la tarea de la liberación, la historia como posibilidad, la comprensión del cuerpo consciente y sensual, lleno de vida, todo eso exige necesariamente de una pedagogía de la alegría. Esta alegría, esperanza y autonomía se construyen socialmente y uno de los ambientes es el educativo.

Sus ideas revolucionarias sobre la pedagogía de la autonomía y la alegría suenan hoy como un sueño utópico, fuera del alcance. Y es que partimos de un terreno devastado, ecológica y psíquicamente. Comunidades desplazadas, tierras fracturadas, cuerpos desaparecidos. Modernidad líquida. Psicopatologías. Semio/Necro/Capitalismo, por recoger sólo algunos de los diagnósticos filosóficos actuales.

Las pedagogías tradicionales y también las contemporáneas inmersas en la lógica de la *New Economy* apuntan hacia la normativización de sus miembros para hacerlos aptos y funcionales al control social y económico. La educación se enfoca, en mayor o menor medida, en la formación de ejecutantes, emprendedores/productores y consumidores para un esquema de mercado omnipotente. Las escuelas y universidades se centran en la eficacia, el rendimiento individual, el mérito, o la visión del otro como contrincante. Los modelos económicos han propiciado la competencia y no la solidaridad o la convivencia. Como dice Zygmunt Bauman: "...hemos perdido la capacidad de las relaciones sociales".

Desde este panorama desolador, repensar y reactivar los procesos de formación como agenda política de resistencia, emancipación y acción social y enfocarnos en el aprendizaje colaborativo para reconstruir estos vínculos comunitarios resulta urgente.

...

NOTAS PARA EL APRENDIZAJE
COLABORATIVO

Christiane Burkhard

Al igual que el lenguaje, el cuerpo carga las expectativas y normas sociales. Por esto el aprendizaje colaborativo pasa necesariamente por el cuerpo, incluyendo el desaprendizaje y la vulnerabilidad en este campo. El ejercicio dialógico-relacional del cuerpo es el juego y la creatividad. El movimiento. Las acciones. Franco Berardi “Bifo” tiene una idea de la sublevación como teoría política del cuerpo, poner el cuerpo en juego. Es una manera de reconstruir también un cuerpo social (comunidad) capaz de desafiar la hiperabstracción digital y económica para reestructurar el campo del deseo, el placer, la experiencia.

En la educación popular, las técnicas de *jugar y jugar-se* son parte metodológica de un proyecto político. “El juego es más viejo que la cultura”, a partir de esta frase del *Homo ludens*, Johan Huizinga desarrolla la idea de que la cultura humana brota del juego, y se desarrolla jugando, como escribe Claudia Korol en su artículo “Jugamos en el potrero”:

Jugamos a aparecer ausencias en nuestras acciones cotidianas, en el gesto solidario, en la mano tendida, en la mirada comprometida. Jugamos a desaprender la subordinación, a ejercer la desobediencia. Jugamos a no aceptar los límites que nos imponen sin consulta. Jugamos a creer en lo que queremos, y a celebrar la vida.

En el Foro Ambulante además de nuestro ejercicio dialógico y de ofrecer charlas al público sobre violencia, migración y educación; de escucharnos hablar de nuestras luchas y frentes (desde la academia, la calle, la pedagogía, el teatro, el cine, la poesía, el activismo), aprendimos también a poner el cuerpo en juego: caminar en la sierra al amanecer así como reconocer el mapeo en un sitio arqueológico, hacer tamales juntos, compartir con la comunidad oaxaqueña el caminar y bailar en la calle (la Calenda), crear una litografía a múltiples manos, mover el cuerpo improvisando. *Aprender a hacer y ser en/lo común.*

■ ■ ■

En los últimos años me ha tocado participar en contextos de formación audiovisual comunitaria fuera de los círculos gremiales-institucionales de la producción (como el Campamento Audiovisual Itinerante y

Ambulante Más Allá). Estos contextos permiten un aprendizaje colaborativo más experimental y menos canonizado, más espontáneo en cuanto a la atención de las necesidades y contextos específicos de cada grupo, y más intercultural por la mezcla y heterogeneidad de los asistentes, pero también por la oferta ecléctica e interdisciplinaria de los talleres.

Partiendo de la urgencia de una nueva experimentación pedagógica, y tomando elementos de las prácticas narrativas que plantea Michael White para el trabajo comunitario y terapéutico, estos talleres se han convertido paulatinamente en un espacio de escucha y de acompañamiento, de investigación mutua y recíproca sobre las necesidades, los temas, los proyectos e inquietudes de los alumnos. *Tallerear* propuestas y guiones, ideas, exponerse a un proceso creativo colectivo, todo esto nos ha puesto en una nueva situación participativa de aprendizaje. El taller se ha vuelto una investigación compartida en la que se explora lo familiar y se incursiona —juntos— en lo novedoso. El alumno es el experto sobre lo que quiere decir y la manera cómo quiere expresarlo.

Atender los procesos colectivos en la formación también subvierte la idea de la autoría individual. En un sentido *jungiano* es la completud, la integración lo que se busca. Romper la noción de conocimientos privilegiados, y recuperar las capacidades mutuas, los saberes locales. En lo colectivo, no hay lugar para lo jerárquico, lo gremial o lo canónico. La multiplicidad de opiniones y proveniencias siempre generará un roce. Y en este roce surge también lo innovador.

El potencial crítico del aprendizaje colectivo va más allá de la integración grupal o la experimentación creativa. Apunta hacia la gestación de nuevos lenguajes sociales, prácticas más horizontales, sustentables, de valores incorruptibles, todo esto desde la visión de vivir en un estado de emergencia donde la vida está, parcialmente, en riesgo. Un factor esencial es la operación desde la autogestión, fuera de subsidios mayores que pudieran incidir en los contenidos. Otro factor es extender redes y alianzas hacia comunidades más vulnerables y afectadas por los procesos globalizadores (me refiero a comunidades desplazadas, expuestas a criminalidad corporativa, migrantes, niños de la calle, refugiados, familiares de desaparecidos, etc.). Entonces las colaboraciones pueden volverse alianzas

estratégicas y apuntar hacia la resistencia y el cuidado mutuo. La defensa de un territorio simbólico o físico común, un horizonte compartido.

Aprender en común para construir lo común es un reto de reaprendizaje y puesta en acción en cada momento. En la calle, marchando, o negociando estrategias políticas, o sembrando la semilla para regenerar la soberanía agrícola y alimenticia, o haciendo campañas políticas para una candidatura independiente. Trueques, radios comunitarias, huertos orgánicos. Podemos. Recuperar cuerpo, tierra, alimento. Las relaciones corporales, las historias, la oralidad. La fogata. La pipa. La palabra compartida, el pan compartido. Hacer poesía, video, un blog, un *zine*, una editorial. O acampar en Ayotzinapa, como hizo una de las integrantes de nuestro Foro. Extender los espacios de aprendizaje hacia el espacio público como espacio comunitario.

Lo colaborativo implica la amistad, el debate, el escucharse, el aportar, el esculpir a distintas manos. Una concesión continua. Circula la palabra y el silencio. Es un ejercicio consciente. Un derecho comunal. La alegría de la que habla Freire como fundamento de un proyecto político indica también un estado de salud que la propia lógica mercantil y el trabajo aislado y enajenado ha socavado. La caminata es una buena metáfora del estado energético de lo colectivo. Volver a la mesa para partir el pan y volver al juego, al diálogo y a la solidaridad es establecer una nueva (vieja) práctica social para recuperar nuestra salud personal y social. La adrenalina y la risa compartida sanan el tejido y las células rotas.



el recuerdo de mónica respecto a

CONSTRUIR *palabra*
ESPACIOS
QUE NOS
DEN
SENTIDO

Este texto se asume como resultado de varias complicidades que surgen de la acción en red y de la introspección colaborativa. Es la suma de muchas voces puestas al centro, de aprendizajes compartidos que resuenan en la experiencia propia. Este texto se vive frente a dos momentos: ante una abrumadora incertidumbre previa y ante una realidad consumada que se comienza a sembrar en el escenario postelectoral de 2015 en México. Es en los enlaces entre estos dos momentos donde las mismas ideas se apropian de un nuevo significado, a partir de los escenarios de lo logrado, de nuevas posibilidades y aperturas que posibilitan vías inéditas para ocupar espacios de incidencia, de articularnos para actuar y entonces cosechar las victorias de lo insólito.

Aquí se intentan rescatar los lazos entre lo vivido este año en el equipo de Wikipolítica Jalisco y las ideas que alcanzaron a emerger en el experimento de puesta en común ininterrumpida que fue Ambulante Ideas 2015 en Oaxaca, donde se fraguó una cierta combinación alquímica entre personas a la vez muy diferentes y de gran corazón.

Los participantes veníamos de muy distintas batallas. Por todo el país resulta tangible el cúmulo de rencor y desesperanza. En la mayoría de los sitios esto ha derivado en una apatía que aletarga nuestra memoria histórica, y en algunos otros ha desencadenado esfuerzos para desactivar toda imposición ilegítima en las instituciones.

Lo que nos envuelve es esa violencia sistémica, los mismos acontecimientos que ya hemos visto incontables veces. Nos han querido acostumbrar a un sistema roto, ese que promete representarnos pero deja toda decisión en unas cuantas cúpulas de poder mientras nos excluye y nos ignora. Es ese sistema que nos subestima con discursos vacíos y estrategias de desinformación, el que se favorece de la pobreza, que nos imposibilita para actuar al cerrar los canales de incidencia y fortalecer narrativas de la derrota e impotencia; ese sistema que desconfía de su gente, que nos infunde miedo y que nos reprime. Es el mismo que nos vende una falsa lucha contra el crimen, que por encima invierte en la sofisticación de la violencia y por debajo se mantiene coludido en negociaciones sospechosas. Es ese sistema que permite que nos mientan en la cara al hablar de transparencia y de versiones oficiales, que nos oculta información, que nos roba, que secuestra nuestra identidad y nuestro cuerpo. Es ese sistema,

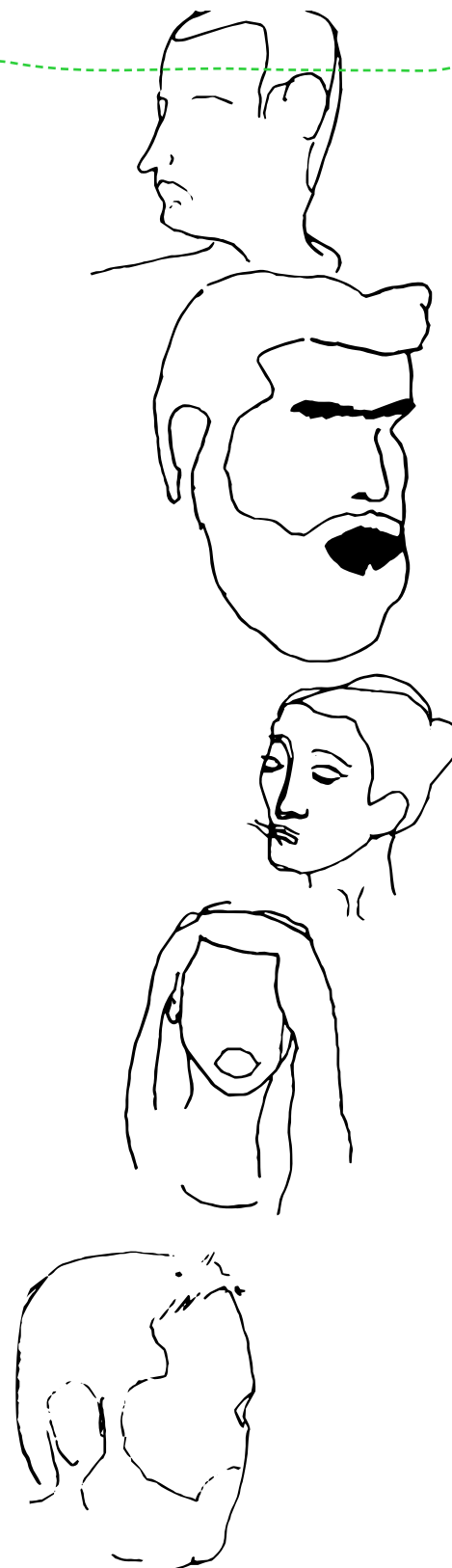
moldeado por la partidocracia mexicana, que ha llevado los principios democráticos a su máxima perversión, a una inoperancia cínica.

Desde este escenario tan desolador partimos al encuentro en Oaxaca. Ante una crisis de representación tan severa y tan violenta lo que toca hacer, como recomendó Marina Azahua, es detenerse a observar, ponernos “en el centro del huracán para poder ver con calma”, como también lo ilustra Suzzana Molina en esa sala que albergaría tantas discusiones. Lo que toca es buscar esas posibilidades no previstas o consideradas como imposibles. Si existe de manera generalizada una “incapacidad de imaginarnos escenarios posibles de construcción”, como apuntaba Gabino Rodríguez, hoy toca buscar esas formas de articulación donde podamos descubrir juntos las vulnerabilidades de ese sistema opaco y cerrado, que nos pueden permitir identificar ese *hack*, esa pequeña rendija por la que podemos entrar para después ensancharla hacia un umbral cada vez más amplio, donde quepan más voces, donde las personas se pongan al centro.

Christiane Burkhard nos leyó palabras de su libro *En camino Taanuxiimbal*: “Llegar al final significa explorar el borde”, explorar esos muros que parecen impenetrables. Desde las leyes que regirían las nuevas candidaturas independientes para el proceso electoral de 2015 en México, se plantearon posibilidades deliberadamente desventajosas. Un movimiento estratégico para cumplir con su legislación y a la vez hacerlas inoperantes de origen, para así mantener las decisiones concentradas entre las mismas manos aun con la entrada de nuevos actores al escenario político.

Las personas debemos escribir nuestras propias historias, “cimentadas en nosotras, entendidas en un tejido y no como realidades absolutas. Destilar historias compartidas y hacerlas fuertes”, concluía Alfonso Díaz cuando todos nos sentábamos por primera vez bajo el mismo árbol. “Tenemos procesos indentitarios fragmentados y muchas veces nuestra historia es esa fragmentación”.

Fue en esta construcción de lo colectivo, desde el centro de las personas, donde cobró sentido eso que Jaime Martínez Luna identificaba como “lo nuestro: el respeto, el trabajo y la reciprocidad”. Mientras nos refugiábamos de la lluvia con una taza de café, nuevamente sentados en círculo, Jaime aseguraba: “lo único que tienes



como propiedad es tu movimiento, tu participación”, que debemos entender a las personas como resultados, “como un nudo de relaciones en tiempo y espacio”.

Demasiadas resonancias. Es impactante la cercanía entre las ideas vividas desde la comunalidad en la sierra de Oaxaca y los valores nucleares de las comunidades de *software* y conocimiento libre que nutren lo esencial del proyecto político de Wikipolítica. “Reconocer al ser constructor en colectivo”, es como Jaime Martínez Luna definió ese modelo de trabajo horizontal, donde se crea “una atmósfera muy particular” que sólo produce la colaboración, había apuntado Mónica Nepote. Jaime afirmaba que “no podemos partir de la perfección porque no existe; se construye”, así como se apilan iteraciones en un repositorio de código abierto. En esas contribuciones al centro, Jaime identificaba el gran valor del tequio, depositado en la enorme labor de facilitar una organización entre las personas sobre lo público.

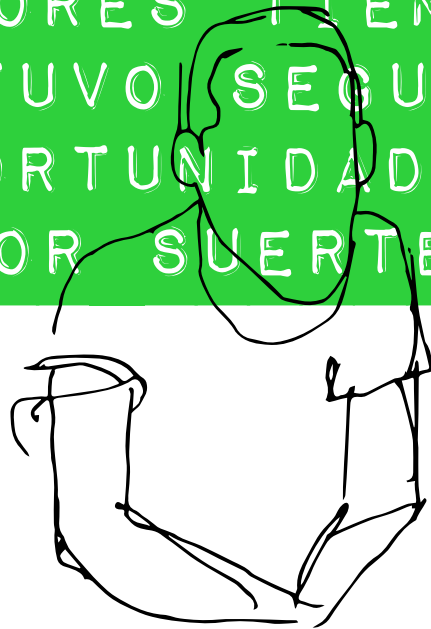
“La política se construye en el disenso. Existe cuando algo no es parte”, concluía Jaime, y con eso sembraba uno de los procesos más enriquecedores de este experimento colectivo. “Las cosas que se nombran son las que pueden ser compartidas”, argumentaba Gabino mientras Pablo Domínguez invitaba a “cuestionar las estructuras dadas”. Fue aquí donde se detonó un ejercicio de plena honestidad, que encaraba los conceptos y cuestionaba el grado de concordancia en nuestras interpretaciones personales. Descubrimos en la aparente vulnerabilidad del disenso la oportunidad de acercar más las ideas, de “abrir un diálogo

más profundo”, como lo describió Christiane, “nos pone en un lugar de desequilibrio, donde tiemblan los acuerdos aparentes por las diferencias que no se han podido o querido ver”.

Si construimos esos espacios que tienen sentido, si aprovechamos las vulnerabilidades del sistema para posibilitar la inclusión de todas y todos, si nos asumimos como parte de algo más grande que comienza a sembrarse, si defendemos lo que hemos logrado e incentivamos que se replique en otros lugares del país, si nos mantenemos trabajando en red y no nos soltamos, entonces podremos reconciliarnos con esa idea donde los grandes cambios que hemos imaginado aún son posibles.



“YO SOY UN
HOMBRE QUE HA
PERDIDO ALGO
Y LA SUPUESTA
INOCENCIA DE
LOS SUPUESTOS
MEJORES TIEMPOS
NO TUVO SEGUNDAS
OPORTUNIDADES,
POR SUERTE”¹



1. Nada es mío, todo es robado.

Este texto es una reacción a lo discutido en Ambulante Ideas 2015 en Oaxaca. Durante aquellos divinos días en los que el bello hotel y la magnífica comida hicieron posible que reflexionáramos a nuestras anchas, percibí una confusión enorme sobre lo que esperamos o podríamos esperar de un proyecto político. ¿Qué expectativas tenemos sobre lo posible en el campo de la política? ¿Cómo construir un ideal y bajo qué esquema contrastarlo con su aplicación real?

...

El capitalismo neoliberal es hoy el más importante enemigo de la democracia. Varios autores hablan de *postdemocracias*, y entienden por estas a los gobiernos que generan procedimientos que “en su nombre” socavan las prácticas democráticas. Esto es notorio principalmente en la alianza de los gobiernos con las élites económicas para las cuales muchas veces legislan y “en última instancia” gobiernan. Nadie puede dejar de reconocer lo profundamente desigual que es nuestro país, nadie puede soslayar la importancia de estas diferencias para la construcción de una nación democrática. Nadie debe pasar por alto los inaceptables atropellos a los derechos humanos y a las garantías individuales que suceden en México, y después de la noche del 26 de septiembre de 2014 —cuando desaparecieron 43 estudiantes en Iguala, Guerrero— nadie puede tener duda sobre el contubernio entre algunas autoridades y grupos del crimen organizado.

Por supuesto que es necesario estar en contra de las prácticas *postdemocráticas* que se dan en nuestro país, pero es importante tener muy claro lo que pretendemos cambiar y lo que buscamos conservar. ¿De qué estamos en contra y de qué a favor? Partimos de un error al generar una relación indisoluble entre un sistema de gestión de lo político, la democracia, con un sistema de gestión de lo económico, el neoliberalismo. Pues no hay argumento lógico que implique que la democracia hoy debe llevarse a cabo en un sistema así. Me parece que muchas veces confundimos las cosas, agrupamos mal, vivimos insertos en una serie de malentendidos que no nos permiten establecer un diálogo que posteriormente pudiera cristalizar en un posible proyecto.

¿Qué país queremos? ¿Cuál es el mejor de los horizontes que podemos imaginar?



En los últimos años hemos visto el surgimiento de ciertas reacciones contra el neoliberalismo, a la derecha y a la izquierda. Una de las más populares (por lo menos desde el campo retórico) son los proyectos comunitarios. Muchas personas se han adscrito a esta idea de combatir el individualismo que promueve el capitalismo con una idea del bien común. En el encuentro que nos convocó la comunidad era el tema central.

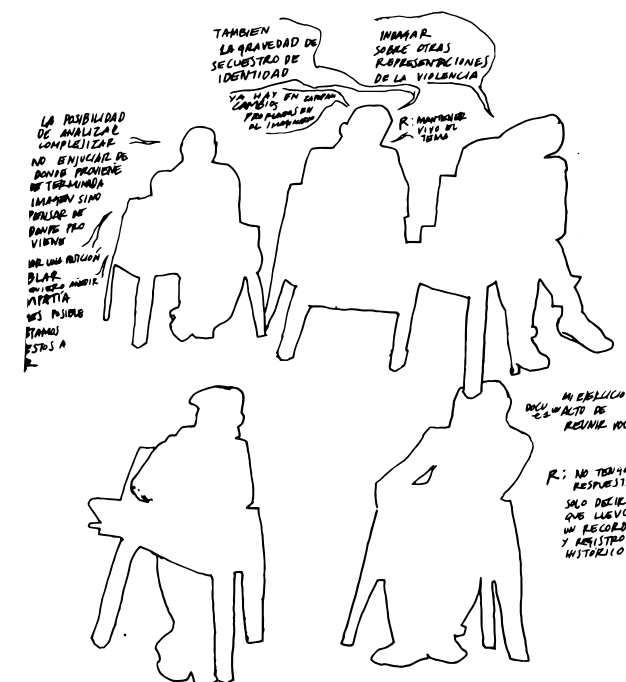
Hay conceptos que tienen un signo político claro: la dignidad, por ejemplo, es un concepto cuya ampliación es un proceso eminentemente emancipador. Para cualquier persona en cualquier lugar, más dignidad es mejor que menos dignidad. La noción de lo comunitario, por el contrario, parte de la idea de que el individuo importa en la medida en la que pertenece a una comunidad, importa como parte de un todo. Más allá de la ternura que me inspiraban los participantes al adscribirse a estas ideas, siendo muchos de nosotros migrantes —de lujo por supuesto—, resulta evidente que un proyecto así no tiene un signo político claro, no es emancipador por naturaleza. Si uno considera los nacionalismos más recalcitrantes de la derecha europea se da cuenta de que ese es su proyecto, una vuelta al pasado, la exaltación de ciertos valores propios, la noción última de cierta pureza, la idea de que entre nosotros nos arreglamos, lo pequeño como bueno, la recuperación de una supuesta armonía con el entorno: el paraíso perdido.

La *comunalidad*² descansa sobre una serie de valores morales que no son discutibles, por evidentes. ¿Es deseable la solidaridad entre vecinos? Sí. ¿Deberíamos procurar sistemas de cooperación al margen del capital? Sí. ¿Es deseable que en una sociedad prime la generosidad? Sí. Pero, ¿se puede organizar hoy un país con base en un *ethos* compartido? No.

2. Como proyecto comunitario tomaré como ejemplo la *comunalidad*, que es un concepto del antropólogo Jaime Martínez Luna, con quien tuvimos oportunidad de hablar, y cuyas ideas gozaron de enorme aceptación en el grupo de Ambulante Ideas.

El proyecto comunalista parte de que el individuo no existe y, apoyado en una visión romántica del México prehispánico, pasa por alto la inevitabilidad de que aun en grupos muy pequeños se generen relaciones asimétricas de poder. Idealiza y deja de lado la única característica que comparten todas las sociedades de todas las geografías en todos los tiempos: el conflicto, la fricción y el desencuentro. Ninguna comunidad ha sido y ninguna podrá ser un todo orgánico e indivisible. En cualquier grupo social en el que el individuo esté en función de la colectividad se terminará pasando por encima de los intereses de unos y privilegiando los de otros. Se pasará sobre la diferencia, sobre la minoría, porque somos individuos con distintos intereses, valores y percepciones de lo que es mejor o peor, y necesitamos mecanismos para conciliar esas diferencias, no aspirar a eliminarlas (por decreto).

No desdeño los procedimientos que proponen los comunalistas; al contrario, creo que pueden ser fórmulas complementarias a la democracia representativa, pero de ninguna manera pueden suplantarla, por la dimensión del país que tenemos. Se nos presentan una serie de valores morales como un sistema de gestión de lo político, pero no es lo mismo ni es igual.

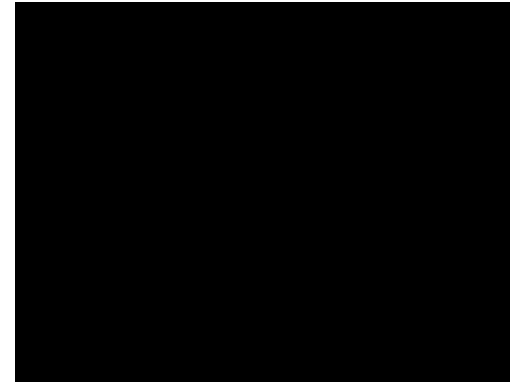


IGUALDAD, LIBERTAD, PLURALISMO, DELIBERACIÓN:
LAS CONDICIONES IRRENUNCIABLES DE CUALQUIER
SISTEMA DE GESTIÓN DE LO POLÍTICO.

Gabino Rodríguez

¿Por qué tantas personas se adscriben a ideas así? ¿Por qué tantas personas que dicen adscribirse a ideas así no viven su vida bajo esos esquemas? ¿Qué queremos? ¿Todavía aspiramos a cambiar el mundo?

Percibo en mi generación, muy claramente a partir de este encuentro, una falta de confianza en la articulación de posibles horizontes políticos. Somos una generación que, por lo menos en México, no hemos sabido reivindicar una genealogía de luchas democráticas, que inspirados en la izquierda que nos precedió generacionalmente hemos mitificado la revolución y desdeñado la reforma: si no es el paraíso es el infierno, lo que no es perfecto es basura. Una generación que cultiva el radicalismo de *hacer mucho* sin hacer realmente nada. Una generación que prefiere volcarse en busca de ciertos valores del pasado a tratar de incidir en el presente. Una generación que prefiere lo accesorio a lo fundamental. Una generación que no plantea proyectos políticos, que no pretende actuar sobre lo que realmente incide. Una generación que ambiciona cambiar el mundo a base de sentimientos nobles, huertos urbanos y buenas intenciones. Una generación que realiza iniciativas al margen del sistema aunque estas incidan tan poco, aunque sea como combatir la emergencia mediante oraciones, sanar la hemorragia con curitas, hacer como si hiciéramos, disimular nuestra vergüenza.









Cuentos para no dormir #2

por Luna Marán

Dicen que en lo alto de la montaña, arriba de San Pedro de los Jarritos, vivía el Lobo Malencarado. La gente lo miraba pasar sólo una vez al año, los niños le tenían miedo y los grandes lo miraban con precaución. El lobo no era malo, sólo era demasiado tímido para estar todo el tiempo con mucha gente. Pero él sabía que una vez al año bien valía la pena bajar de su cueva para estar en San Pedro de los Jarritos.

El día en que el Lobo Malencarado bajaba a San Pedro de los Jarritos estaba lleno de colores, la calles olían a tierra mojada y en lo alto corrían las notas de las bandas, que no dejaban de tocar. Era el día de la Calenda, el día en que los niños y abuelos bailaban a un mismo ritmo, recorrían las calles, regando un poco de alegría en cada rincón del pueblo. Ese día tan especial el Lobo Malencarado bajaba, se acercaba a la Calenda y desde atrás, a unos metros, donde nadie lo intimidara, los acompañaba, siguiendo la música con sus ojos. Esa era la única forma que el lobo tenía para sentir a los otros y los otros constataran su existencia, y en la que por un solo momento podían olvidar su mal humor para compartir la música de la banda, para saber que son parte, aunque no sean amigos.

La fiesta es una forma de resistencia porque nos enseña la comunidad que somos: colorida o descolorida, ahí estamos todos juntos, bebiendo, viendo, cantando o bailando. Todos somos una calenda, pero sólo la somos si estamos, nos conocemos, nos confrontamos, nos observamos, nos olemos o nos escuchamos.

¿Quién está del otro lado?

LA JAGUARIDAD

COMO COMUNIDAD



Mauricio de la Puente

—Eso que quieres hacer, te va a costar la vida —le dijeron.
—Entonces sí me alcanza —les dijo.

Si consideramos que los conceptos, como los animales, tienen niveles de organización, podemos decir que hay *jaguares*, esos animales más allá de las palabras. A esto le seguirían los *linajes de jaguares*, conjuntos de jaguares con lazos de sangre; luego vendrían las *poblaciones de jaguares*, las cuales implican a todos los jaguares que nacen, se reproducen y mueren en un territorio; después hablaríamos de *comunidades con jaguares*, al incorporar al concepto los tejidos de relaciones entre las poblaciones de jaguares con otros animales y plantas; y así, sucesivamente, hasta llegar a un término que nombraremos *jaguaridad*.

Entiendo la *jaguaridad* como una serie de consecuencias de aquello que hacen un conjunto de seres que luchan de formas distintas en entornos distintos, entornos que no son suyos y rodean diversamente a cada quien. La entiendo como las consecuencias de aquello que hacen estos seres que son producto de y luchan con una selva que siempre está cambiando, una selva que les da y a la que dan forma, selva que transforman en territorio y a la que pertenecen. Entiendo la *jaguaridad* como los frutos de una forma de estar siendo que no es a pesar de las distancias, los silencios y las diferencias, sino gracias “a la vez” a todo esto; como los frutos de una *comunalidad* que tiene sus raíces en la diversidad de formas de estar siendo.

Lo anterior tiene sentido cuando lo que nos convoca procede de entregar nuestra atención al qué y cómo aprendemos, cuando aprender significa caminar por territorios fragmentados inmersos en climas de distintas violencias y migraciones; cuando lo que nos convoca nos ha llevado a cultivar otras miradas, a reconocer el sonido de otras voces y a sentirnos convocados por los ritmos de otros silencios.

Por supuesto comprendemos que hay afinidades que cohesionan, intereses que se comparten, tragedias que se acompañan, sueños que se articulan, innumerables raíces que forman comunidades desde aquello en que somos semejantes. Pero no es eso lo que aquí

nos convoca. Aquí buscamos otros caminos para aprender juntos siendo migrantes, nómadas en territorios conformados por una diversidad de violencias sistémicas, estructurales, físicas, semióticas, psicológicas, políticas, crónicas, etcétera.

Nos incumben las conciencias que se forjan brincando de un río a otro, de unos aires a otros o de unas hogueras a otras, regresando alguna vez sólo para encontrar que ya nacieron otras. Nos compete buscar caminos para aprender juntos reconociendo y sin olvidar que *nuestro* lenguaje está deliberadamente fragmentado, que es producto de siglos de *aprendizajes* orientados a controlar y explotar esta tierra, a sus gentes y a sus culturas, para fines ajenos a la continuidad y el equilibrio de las muchas formas de vivir y de morir en reciprocidad y respeto con los territorios, los otros y los lenguajes.

Desde ahí tiene sentido volver a poner atención a los aprendizajes cuando la naturaleza es quien enseña, cuando la relación entre los movimientos del cielo, de la tierra y de nosotros son las enseñanzas, cuando estas se hacen aprendizajes si registramos, comunicamos y aprendemos a leer y a escribir de nuevo el movimiento. La manera en que la naturaleza que estamos siendo se manifiesta distinta a cada quien y cada uno aprende un lenguaje distinto. Pero el sentido del lenguaje ya no está en representar lo que sucede, sino en comprender juntos las formas en que cambia la diversidad de lo que sucede a través de los tiempos, los espacios y los sujetos. Tiene sentido transitar del lenguaje de los límites que impone el equilibrio ecológico a los lenguajes de los territorios que genera la ecología de los equilibrios.

Si la obsesión por uniformar y estandarizar es la raíz de múltiples violencias que marginan, desplazan, degradan y matan, cabría recordar de nuevo que a quienes buscan uniformarlo todo se les combate diversificándolo todo. Y la diversidad se cultiva con diversidad: de visiones de mundo, de lenguajes, de formas de estar juntos y de estar cada quien. Diversidad en hacer, diversidad en estar.

Supongo que esta selva de violencias y migraciones, aun cambiando siempre, va a seguir. Quizá la *jaguaridad* pueda reunirnos a invocar, a desenterrar los principios ancestrales de una forma de estar ahí en esa selva, reconstruyendo territorios habitables para todos, gracias a la diversidad salvaje que habita en cada quien.





1. Impresión y litografía

La tarea de una geología general no consiste, por lo tanto, en ordenar huesos y cadáveres como si se organizara un archivo, sino en des-enterrar los secretos de la acumulación y hacer posible la pregunta por la justicia.

Sergio Villalobos-Ruminott

Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición

Si no fuera porque el inventor de la litografía, Aloys Senefelder, era de escasos recursos, el mármol italiano hubiera sido la opción ideal para él. En los cementerios encontró Senefelder múltiples ejemplos con letras e imágenes grabadas sobre mármol de Carrara, y para la gente con menores recursos, la piedra alemana era un sustituto al alcance de sus bolsillos.

Per Anderson

Litografía, un arte recuperado

¿Cómo se forma una imagen? ¿Cuál es la vida social de las imágenes, de los textos, de lo que se imprime? ¿Qué labor la crea, qué voluntades la reproducen, qué imagen forma la imagen que formamos? Si las imágenes existen hasta que son creadas, reproducidas, impresas, ¿sucede lo mismo con la comunidad? ¿Existe antes de reproducirse a sí misma? ¿Cómo se crea y recrea esta? ¿Pertenece a una comunidad? ¿Cómo llegamos a ser en común?

La litografía es un técnica de estampación manual, un método de reproducción de imágenes que fue inventado en 1796 por Aloys Senefelder, un hombre dedicado al teatro. Inventar algo, cualquier cosa, es un ejercicio del paciente. Senefelder lo era: inventó un método de bajo costo que se convirtió en el método de reproducción de imágenes más importante de todo el siglo XIX y de algunos años, muy pocos en realidad, del siglo XX. Sin embargo, su método, cuyo principio era químico (el rechazo mutuo entre grasa y agua) y que

utilizaba una piedra de carbonato de calcio como matriz de impresión, no tardó en ser desplazado por el *offset*: un método mucho más rápido, capaz de responder a los volúmenes y tiempos de producción que exigía el mercado. Entonces, muchas de esas piedras, oceánicas y prehistóricas, fueron arrojadas al mar (de donde provenían) o fueron convertidas en piso.

En *La sal de la tierra*, el documental que recientemente estrenó Wim Wenders, Sebastião Salgado se detiene en la fotografía de una monumental tortuga Galápagos: “Estamos frente a una autoridad, con todas sus arrugas, con todos estos saberes”, dice el fotógrafo y economista brasileño mientras observa la imagen. “Sin duda, cuando Darwin estuvo aquí [en estas islas], esta tortuga ya era adulta. Quizá [ella] conoció a Darwin”. La aseveración es sencilla y, sin embargo, maravillosa. Es muy probable que, como aquella tortuga, algunas de las piedras que se utilizan en litografía sean un testimonio material y vivo de la historia de nuestro planeta, de especies animales ahora extintas, y de montañas que anteriormente estuvieron cubiertas por agua. Las piedras que se utilizan para “imprimir” imágenes, textos, partituras, mapas y carteles en serie son, en sí mismas, producto de impresiones milenarias; de la lenta sedimentación de conchas, corales y otros organismos marinos; de un cúmulo de eras geológicas prensadas unas contra otras. Vida como materia, materia como material de otra materia, atestiguando la larga duración del tiempo.

¿No es toda comunidad, ya, una forma de impresión? ¿Un trabajo conjunto, una trama de presiones y huellas, en donde lo más importante siempre es mantener, conservar, el ritmo; una labor cuya imagen es resultado de un proceso que a la vez atrae y rechaza tinta, que marca y borra, que invierte y revierte, en donde una participación anónima y colectiva lleva la mayor responsabilidad? Toda comunidad lo es de la inequivalencia, dice el filósofo Jean-Luc Nancy. Toda impresión requiere su fantasma, su desaparición, borramiento e inversión para reproducirse en serie. La comunidad es una forma-de-la-vida, una forma y una vida, un proceso sobre los cuerpos, los hábitos, el espacio, los lazos, la tradición, la transformación.

Toda impresión es una supervivencia. La imagen desaparece para sobrevivir. Trazos supervivientes: toda imagen lo es de lo común. Ariella Azoulay habla de un “contrato civil de la fotografía” —en toda imagen

hay una ciudadanía garantizada, una visa que transgrede-transita-atraviesa-desterritorializa toda fronterización en los territorios. Toda imagen migra, sobrevive, persiste, se imprime sin rumbo, está hecha para circular. Todo control securitario permite que la imagen del extranjero, del deportado, del indocumentado transite. La imagen es su tránsito. La impresión quiere repetirse, quiere desplazarse, quiere persistir. La comunidad es una impresión que persiste, así, sobre sus soportes y más allá de sus territorios. No hay comunidad sin su negatividad o su tránsito.

La impresión —a veces freudiana, a veces aurática o inaugural de la época de la reproductibilidad técnica, a veces huella o memoria material— es ante todo un proceso laborioso; un cuidado artesanal, técnico, táctil, químico; una trama de saberes que la preceden; un trabajo conjunto de repeticiones, pausas, inversiones, y recuperaciones; son modos de producción, vidas-de-las-formas hechas de graneados, trazos, esbozos, derrames, acidulados, humedecimientos, secados, entintados, borrados, prensados. Ante todo, ritmos.

Este breve texto quiere ser una reflexión sobre el cruce entre “comunidad” e “impresión” como conceptos, discursos, labores, prácticas, figuraciones, técnicas, producciones, saberes y transmisiones que se revelan simultáneamente al imprimirse uno sobre otro, al calcificarse sobre una misma materia lítica, mítica.

■ ■ ■





2. Dos mil quinientos un migrantes

No el extranjero en tanto que el Ser o que la Esencia-Otra (con su visión mortífera), sino el extranjero como país: este extrañamiento, esta separación que es el país, en todo país y en todo lugar. Los países: ni territorios, ni dominios, ni suelos, estas extensiones que se recorren sin jamás reunirlos en una sinopsis, ni subsumirlos bajo un concepto.

Jean-Luc Nancy
Corpus

Lucio Santiago —quien junto a su padre, el artista Alejandro Santiago, fundó el taller de litografía La Huella Gráfica, en la colonia Alemán, al sur del centro histórico de Oaxaca—, no sólo heredó el oficio de litografía y de muchos otros métodos de estampación manual, sino también el proyecto más emblemático de su padre: la obra escultórica *2 501 migrantes*, trabajada en un periodo de nueve años, que inicia alrededor del 2003, diez años antes de su muerte. Algunas de estas piezas de barro, realizadas a escala uno a uno, y cocidas en distintas partes del estado, se encuentran en un taller de impresión en *offset*, establecido en la misma colonia.

La historia de esas piezas es la siguiente: Alejandro Santiago viajó por el mundo y luego regresó a la sierra norte del estado de Oaxaca. Se encontró con un pueblo fantasma. Todos sus familiares y la mayoría de los habitantes habían migrado hacia California. Decidió volar a Tijuana sin visa alguna y entender lo que significa migrar. Recorrió, junto con su hijo Lucio, comunidades migrantes de la costa oeste, desde Ocean Side hasta Seattle. Quiso conocer de primera mano las historias estremecedoras de estas personas. En Tijuana encontró un memorial con 2 000 cruces en el muro fronterizo. Esto, aunado a que eran alrededor de 2 000 familias las que habían migrado de Teocuilco, el pueblo zapoteco de donde era originario, dio pie a su idea de retratar y subrayar la ausencia de todos ellos mediante esculturas, exactamente 2 501 esculturas de migrantes. Alejandro Santiago

hablaba mucho del ritmo. *2 501 migrantes* tiene su propio ritmo, el uno final son sus puntos suspensivos: el migrante que viene.

“Están hechos de barro y se representan desnudos, que es la forma como llegan los migrantes a Estados Unidos —a una nueva vida, desde una vida desnuda. Llevan el falo erecto y la vagina bien trazada, porque son sus únicas armas: reproducirse y repoblar”, nos dice Lucio Santiago en el taller donde reposan 300 esculturas pequeñas de migrantes, modeladas en los últimos dos años de vida de Alejandro Santiago. Estas piezas se hicieron por pedido expreso del padre Alejandro Solalinde, defensor de los migrantes, para ser expuestos en el albergue Hermanos en el Camino de Ixtepec, en el Istmo de Oaxaca. Las esculturas migrantes, producidas en serie, a su vez reproducen el papel de la reproducción misma de la *comunidad* o *pueblo* migrante, que aparece junta sólo en esta circunstancia: reposando en el taller de *offset*, a unas cuantas cuadras del taller de litografía. Piedras de carbonato de calcio frente a láminas de aluminio; un proceso industrial frente a otro artesanal, una impresión en masa frente a una impresión en serie.

Durante todo el proceso, Alejandro Santiago fundó innumerables talleres de cerámica en distintos pueblos de Oaxaca. El primero de ellos, y el más conocido, es el de Suchilquitongo, al norte de ETLA. El objetivo de estos talleres fue, aunque fuera modesta y temporalmente, ofrecer trabajo a algunas personas en el pueblo. Y es que, precisamente, esta obra escultórica, monumental y poderosa, como señaló la escritora Cristina Rivera Garza, también habla sobre el trabajo: el que falta y que obliga a muchas personas a abandonar su casa y, por supuesto, el trabajo de los artesanos, la energía de los cuerpos que transformaron el barro en migrante que viaja y atraviesa el agreste y violento territorio mexicano. No por nada, aunque comparten rasgos parecidos, materiales de origen y procesos de construcción, cada una de las esculturas lleva firmas, huellas, impresiones de los trabajadores que les dieron forma.

Alejandro murió antes de ver la exposición que imaginó desde un inicio: una exposición itinerante que iniciaba en distintas partes del estado hasta llegar a la conocida y áspera frontera entre Tijuana y San Ysidro; de ahí, cruzar y viajar a distintas partes de los Estados Unidos y, luego encontrarse con sus pares de carne y hueso, migrantes todos.

Esa exposición se realizará durante el verano de 2016, cuando se cumplan tres años de la muerte de Alejandro y mientras se recrudescen las políticas migratorias en México y se exacerba el discurso antiinmigrante y racista en los medios y en la campaña presidencial de Estados Unidos.

¿Qué es lo extraño: el extranjero o la idea misma de país, de extensión, de límite, de frontera, de nación?



3. Foro de ideas: comunidad, impresión, migración, desaparición

¿Cómo podemos estar seguros de que presenciamos, frente a una obra que no es otra cosa más que una ofrenda, su trayecto de ida (¿fuga?) hacia y de regreso del innumerable pueblo de los muertos?

Cristina Rivera Garza
Los muertos indóciles

Invitados a participar en la mesa de “Las nuevas geografías de la migración actual” para el Foro Ambulante Ideas 2015 —junto a Suzanna, alias Obeja Negra en el colectivo de raperas Batallones Femeninos de Ciudad Juárez— buscamos alumbrar el vértice donde migración y desaparición se cruzan, donde comunidad y resistencia se entrelazan, donde vulnerabilidad y persistencia se entreveran.

Ayotzinapa y San Fernando son eventos que golpean, que aturden, que resuenan sin cesar en el lamento silencioso del país. La masacre de San Fernando en el 2010 dejó 72 migrantes asesinados, y luego en el 2011 se encontraron 193 cuerpos en fosas clandestinas; Cadereyta en el 2012 dejó un saldo de 49 migrantes masacrados; Ayotzinapa el 26 de septiembre de 2014 dejó 47 jóvenes que fueron violentados y 43 desaparecidos hasta la fecha. El nombre y el número, la cuenta y la historia personal, la falta, la ausencia y el imperio de la impunidad y del abandono, la pérdida incesante, interminable. Desaparecidos que son estudiantes, víctimas secuestradas que son migrantes. Esas masacres resuenan por el número, pero la desaparición y la muerte sigue su cuenta, cada día, de uno en uno, cuya suma nos debe de aterrar. La desaparición, como ha dicho Jacques Derrida, a propósito de los archivos, es siempre y primeramente la desaparición de la desaparición. Así fue borrado durante mucho tiempo el fenómeno de la migración. Se entendía que migrar era, en muchos sentidos, desaparecer, y esto estaba internalizado y normalizado en las comunidades mismas. Hoy, organizaciones en México y Centroamérica —El Movimiento Migrante Mesoamericano y Voces Mesoamericanas, entre otras—, mediante la búsqueda de sus familiares desaparecidos,

mediante la presión internacional, la ayuda técnica y científica de organizaciones tales como el Equipo Argentino de Antropología Forense, están realizando un trabajo, directa o indirectamente, de politización de la muerte. Las caravanas de madres centroamericanas que recorren el país y que se encuentran y se suman a los familiares de desaparecidos en México; las parroquias que ofician misa en nombre de los desaparecidos; las cruces que se depositan cada año en el muro fronterizo, o en los cementerios en Estados Unidos, para recordar a los migrantes muertos; la ciudadanía forense que halla las fosas comunes en todo nuestro territorio; todos ellos están también politizando la muerte, politizando el duelo y la memoria, exigiendo una justicia y reparación que no puede no atenderse. Hoy es trascendental observar, ver y entender las causas estructurales detrás del proceso de desaparición, oculto en el manto invisible e inaudible de la migración, un fenómeno que por clandestino es silencioso y aniquilador. También es necesario acompañar el proceso de politización de la muerte, a la sociedad demandante, a los familiares en búsqueda, a los procesos legales, sociales y políticos, y la disputa por la verdad histórica de los hechos atroces en el México del siglo XXI. En nuestro horizonte generacional se interpone un momento histórico que nos reclama comprender, participar y entrelazarnos como sociedad con la comunidad de los muertos, con los derechos de los vivos y de los muertos a quienes debemos debernos.

El flujo migrante es una forma de persistencia en la vida, una resistencia a la inevitable condena a la violencia de pandillas y patrullas, del crimen y las fuerzas del Estado, de las transnacionales y el despojo de los territorios por los recursos naturales y estratégicos, y de la pobreza y la exclusión. El flujo migratorio es un pueblo transitorio —una comunidad en tránsito que busca reinventarse y transformarse a sí misma modificando los lugares por donde pasa, formando comunidad a su paso. Un *pueblo* expuesto a la clandestinidad, a la explotación, a la violencia desplegada en el territorio mexicano de Tapachula a Tijuana, de Tenosique a Reynosa. Un pueblo expuesto a desaparecer —cuya desaparición es en sí misma una forma de la migración. Migrar y desaparecer, ser expulsado y ser perseguido— signos y marcas, huellas y rastros de la crisis humanitaria que se vive en la frontera vertical que es el país. México revive su propia desdicha



en el trato a los centroamericanos, y repite el guión policiaco y militarizado que el vecino del norte aplica en su frontera.

El migrante sufre los estragos de la estrategia de terror de la desaparición forzada tanto como quienes en México son perseguidos por sus orígenes, sus formas de resistencia o el territorio que ocupan. Las imágenes y la crónica de la vida en Ayotzinapa después de la noche de los crímenes de Iguala el 26 de septiembre de 2014 —como la que ofreció Suzanna Molina— muestra la absoluta transformación del lugar por el asesinato de cuatro compañeros y la desaparición de 43. Es una escuela marcada por sus ausencias, como una *impresión* indeleble, visible e invisible, fantasmática, repitiéndose sin cesar. Es también una escuela-memorial, un memorial activo, que ahora busca producir vida en nombre de la ausencia y de la muerte que la ha marcado. Ante el terror social, la comunidad afrontada se vuelve núcleo de resistencia, de acompañamiento a las comunidades dolientes. El cuidado de los muertos —su búsqueda, su identificación, su exhumación y debido enterramiento, la repatriación a su familia y comunidad, su memoria, su nombre, su demanda, su insistencia— es un punto de partida ineludible para proseguir como comunidades, sociedad y país en la defensa de lo vivo y de lo que viene, los que vienen, cualquier democracia o política por venir.

Los perseguidos, expulsados, refugiados y desplazados son llamados migrantes, categoría que no alcanza a definirlos ni abarcarlos. Ellos sobreviven al proceso de despojo en curso, a las dinámicas de la violencia y la precarización de la vida. ¿Cómo se teje una comunidad que parte de sí misma al migrar? ¿Existen estrategias para garantizar su supervivencia como comunidad migrante, vulnerable, con existencias múltiples, ajena a la caridad y a las “exigencias” de lealtad de organismos internacionales e instituciones estatales? En sus escritos, el antropólogo mixe Floriberto Díaz asegura que si algo les ha permitido sobrevivir a ellos, como pueblo, el pueblo de Santa María Tlahuitoltepec, en la sierra mixe de Oaxaca, ha sido el tequio; es decir, el trabajo comunitario, la comunidad misma. Guardando las distancias y proporciones, si algo ha procurado la supervivencia de algunas comunidades migrantes, como la comunidad de San Juan Luvina establecida en Santa Mónica, California, es el tequio, el trabajo de mano-vuelta destinado a la construcción y rehabilitación de la infraestructura pública o, como sucedió en 2008, al rescate y cuidado de la cosecha. La comunidad como proceso; el tequio como estrategia para zigzaguear la lejanía, para estar cerca, para trabajar

con los otros. Bien decía Floriberto Díaz que el tequio es un acto de “recreación comunitaria”, más aún cuando la comunidad no se define por el territorio en donde se encuentra. No se trata de hablar de comunidad como un grupo terso, sin roces ni fisuras, monolítico; se trata de la comunidad como proceso, como estrategia emancipada, rebelde, como un conjunto de personas en situación precaria, capaz de solidarizarse con los muertos y con los vivos que exigen justicia y que se duelen.

Un pensamiento en capas, desde una perspectiva geológica, como la perspectiva de Salgado o la del filósofo chileno Sergio Villalobos-Ruminott en su texto: “Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición”, nos permitiría excavar en la acumulación de la violencia en Latinoamérica desde las dictaduras y golpes de Estado hasta la política económica neoliberal y el extractivismo del presente reconociendo, entonces, la dinámica de suelos, el origen de los movimientos que nos sacuden, y anticipar las secuelas. Eso depende del reconocimiento, como quería Judith Butler, de nuestra vulnerabilidad y precariedad compartida; sólo así podremos reconocer que el bien individual depende siempre del bien del colectivo.





Jaguaridad. Nuevos caminos y otros atajos hacia la participación colectiva. surgió de un encuentro colectivo, gestado en complicidad por Garbiñe Ortega, Marcela Flores y Mónica Nepote, llevado a cabo en la ciudad de Oaxaca de Juárez en el marco de la décima edición de Ambulante Gira de Documentales. El proceso de su elaboración inició con una caminata de madrugada al Cerro Monte Albán, posiblemente conocido también como Cerro del Jaguar; al beber chocolate en un receptáculo de nombre incierto; mientras se identificaba a un asesino imaginario; en medio de un jardín donde se movieron quince cuerpos y se escucharon quince voces; mientras se elaboraba un documento colectivo en Titanpad, a la luz de y en respuesta a las palabras de Jaime Martínez Luna; al construir un horizonte colectivo; durante la preparación de una tamaliza, escuchando una sesión de hip-hop; mientras se observaba Monte Albán debajo de un árbol que cantaba; al leer los nombres de algunas de las personas muertas por violencia en México; al elaborar una litografía colectiva en el taller de Alejandro Santiago; y mientras se cantaba y bailaba en una Calenda tras la clausura de Ambulante Gira de Documentales. Este libro fue ideado durante una residencia en Casa Wabi, en la costa de Oaxaca y publicado con el apoyo del Centro de Cultura Digital y Ambulante. Siguiendo el espíritu de la época, decidimos aceptar sólo algunas de las nuevas recomendaciones ortográficas de la Real Academia Española. Todavía queremos algunos acentos.



UNA ESPERANZA POR UN
ESPACIO DONDE SE PERMITA
LA VULNERABILIDAD.
DONDE LA VULNERABILIDAD
SEA UN VALOR Y NO UN
ESTADO DE NO DEFENSA.
NO UN DÉFICIT, SINO UNA
FORTALEZA. UN QUIDARNOS
MUTUAMENTE.

